

La edad *de* la *inocencia*

POR LUISGÉ MARTÍN

Cuando yo cumplí diecisiete años era un chisgarabís de dudosa clasificación. Me gustaban los chicos tanto como ahora (aunque con más hormonas en el empeño, lo que agranda el gusto), pero no era ni marica ni gay. Tampoco quería ser ya misionero, que es lo que en mi época querían ser los mocetones de sexualidad desorientada para apartarse de la familia y del mundo (salvo los mocetones de clase alta, que preferían ser diplomáticos y tener una agregaduría cultural en cualquier país refinado). Ni siquiera había leído todavía poemas de Luis Cernuda o de Kavafis. Era, en suma, un pánfilo con la cabeza llena de pájaros y las manos atadas a un potro de tortura.

Los tiempos han cambiado mucho. Hoy los chicos de diecisiete años, que tienen las hormonas igual de atormentadas que siempre, solo podrían pensar en hacerse misioneros para compadrear con la tribu o practicar el naturismo en un entorno sostenible. En lugar de la vocación religiosa o de la carrera diplomática, optan, como mucho, por hacer un Erasmus. Miran con descaro, se contonean provocativamente y hacen cálculos de lo que cuesta un alquiler en Chueca. Tampoco leen a Cernuda, pero no ya porque no les haya llegado el momento aún, sino porque prefieren los blogs pornográficos o los mensajes de móvil.

Cuando yo cumplí diecisiete años pensaba que en los bares de ambiente –entonces no había chats; no había ni ordenadores personales– ardían las llamas del infierno. Tardé mucho en decidirme a entrar en uno, y, cuando por fin lo hice, arrastrado por las tentaciones de la carne que el diablo siempre siembra, comprendí que en este mundo hay pocos sitios en los que se viva mejor que en el infierno. Llegué a los treinta y cuatro años, que es el doble de diecisiete, con la piel completamente chamuscada y el alma vendida a Lucifer por poco precio. A esa edad empecé a recordar que a los diecisiete años los mayores me decían que cuando fuera un adulto dejaría de pensar en majaderías y en simplezas y me convertiría en alguien de provecho. Me di cuenta de que no había sido así, y no porque yo tuviera alguna minusvalía emocional o intelectual, sino porque la vida nunca es lo que te cuentan. En el fondo seguía pensando las mismas majaderías y soñando las mismas simplezas, pero las enunciaba ya de una manera más juiciosa. Era igual de imbécil que

a los diecisiete años, pero había aprendido a disimularlo. Aún más: en algunas circunstancias había aprendido a disimularlo incluso ante mí mismo, lo que supone la consagración completa de la madurez.

En esos años acostumbraba a ir cada domingo a uno de los infiernos en los que más feliz he sido en mi vida, el Shangay Tea Dance, que pasó por tantas sedes que resulta imposible recordarlas todas: la discoteca Bocaccio, el local de la calle Mesonero Romanos, la antigua Casa de Baños de la calle de la Escalinata, las discotecas de Atocha, de Serrano Jover o de Gran Vía... Aquellas sesiones eran el estiramiento espiritual de los fines de semana. Las tardes de los domingos, que hasta entonces eran lánguidas y depresivas, como han sido siempre, se volvieron de repente joviales y expectantes. De aquellas sesiones nocturnas recuerdo especialmente las Fiestas de los Mensajes, absolutamente pretecnológicas y candorosas, en las que a cada parroquiano se le colocaba a la entrada un número en la pechera para que quien quisiera le pudiera enviar un mensaje de amor –o más comúnmente de lujuria– que el DJ entregaría por megafonía.

Para arropar aquellas sesiones nació una especie de hoja parroquial, en blanco y negro, que más parecía por su aspecto exterior Boletín del Domund que revista gay, pero que tenía una singularidad admirable para la época: se permitía hablar con un cierto grado de frivolidad del mundo homosexual y dejar de lado los discursos solemnes y campanudos. Eran los primeros Shangay Express, que por entonces no sé si eran demasiado “express”. Hace diecisiete años, pero las revistas tienen otra biología más apresurada. Hoy, en su cumpleaños, no parece pánfila ni tiene pájaros entre las páginas. No aparecen misioneros ni embajadores, sino chicos luciendo ropa (a veces, por fortuna, escasa), actores de películas, cantantes de éxito, libros, cremas exfoliantes y alguna que otra columna de nostálgicos que, como yo, quisieran tener ahora de nuevo diecisiete años.

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LAS MANOS CORTADAS (ALFAGUARA).